

POMPEYO IVÁÑEZ

ALTAMUT



Capítulo 1

Miércoles, 27 de junio

—Será belga, pero parece de aquí, de Altamut, comisario. Palabras, las justas —Ginés confirmaba el rasgo del desaparecido.

Ginés, murciano, con su cafetería en pleno casco histórico, sabía de qué hablaba sobre la tendencia al silencio de los naturales de Altamut. Tendencia nada arisca, al contrario, gente con habilidad natural para la calma amable, serenos, con un esbozo de sonrisa para comunicarse con el prójimo; pero, eso sí, con el menor número de palabras posible. Nada de enrollarse. «*De Altamut, mut o paregut*» ('de Altamut, mudo o parecido'), decían en los pueblos vecinos sobre su parquedad verbal.

Víctor llevaba seis años residiendo en el pueblo, y le seguía llamando la atención esa paz que transmitían los nativos, reconocida por todos, desde que llegó a hacerse cargo de la comisaría, que insólitamente —los hados de la burocracia— se había asignado a Altamut al rebasar los treinta mil habitantes en el censo, cuando, en aquel tiempo, al otro extremo de la provincia, estaba, por ejemplo, Torrevieja, con más del doble de población y sin comisaría, pese a reclamarla continuamente.

—Llegaba, «buenos días», desayunaba y adiós. De contar cosas, nada —continuó Ginés mientras le dejaba en la barra su segundo café matinal.

—El sábado, al parecer, tomó a primera hora un vuelo de Valencia a Bruselas. ¿No te comentó el viernes que se iba fuera, que se ausentaría un tiempo, algo? —insistió el comisario tratando de espolear la memoria de Ginés.

—Nada, ya le digo. Se sentó en su mesa, aquella del rincón; dejó la mochila y la gorra esa redonda que llevaba siempre en la silla de al lado; como de costumbre, las gafas no se las quitaba nunca; desayunó sus tostadas con tomate mirando por el ventanal; pagó, y hasta luego.

—¿Por qué dices lo de las gafas?, ¿eran de sol?

—A medias, creo, de esas con poco color. Una vez que le propuse desplegar el toldo de la ventana por si le molestaba el sol, por un gesto que hizo mientras iba a servirle, me dijo que no hacía falta, que el sol siempre es bueno, pero había que protegerse, y que él, además de la gorra, llevaba las gafas de doble protección, dijo, tanto del sol como de las pantallas de ordenador con las que trabajaba todo el día. Creo que fue el día que más habló de todos los que ha venido, que son muchos.

—Gracias, Ginés, si por casualidad recordaras cualquier detalle, tienes mi móvil.

—Descuide, comisario —cerró el tema Ginés yéndose a rescatar algunos platos que le habían dejado en la ventana que separaba la barra de la cocina.

Los nativos eran una exigua minoría en aquel pueblo de Babel. Ni siquiera llenaban las casas antiguas del casco histórico, muchas de ellas ocupadas por extranjeros, nórdicos preferentemente. En tres décadas de locura, Altamut pasó de ser un pueblo de labradores y apicultores de la montaña alicantina, con apenas dos mil habitantes en casas apiñadas, en una gigantesca tortuga de blanco

y teja dormida sobre la montaña, a ser un conglomerado residencial europeo, con casas dispersas en cuatro urbanizaciones diseminadas por su enorme término municipal y un centro comercial y de servicios, rebasando ya los cuarenta mil habitantes.

Víctor dejó la Solanera, estiró las piernas por la calle Encinas hasta la comisaría y consiguió entrar a su despacho con tan solo dos interrupciones desde la puerta, inevitable la primera si, como aquel miércoles, estaba de guardia en la puerta Lesmes, policía eficiente como pocos, pero cuya original naturaleza le impedía cruzarse con algún conocido sin hacerle mínimo dos preguntas:

—Buenos días, comisario, ¿ha dormido bien?, parece cansado.

—Hola, Lesmes, menos de lo que debería, desde luego...

—¿Aún no se sabe nada del belga? —inquirió Lesmes.

—¿Está el inspector Mateo? —contraerle otra pregunta era una vía segura de escape del lazo de Lesmes.

—En su despacho, sí.

—Gracias. Hasta luego.

Hacía algo más de un mes que habían acabado la ampliación de la comisaría, y Víctor aún bendecía a diario el pasillo nuevo que le llevaba desde el *hall* de entrada a su despacho, con tan solo la puerta del de Mateo a la izquierda y la de la subinspectora Carmona a la derecha, evitando, como antes, tener que pasar por las oficinas de pasaportes y DNI, siempre llenas de gente.

La puerta de Mateo estaba abierta de par en par, para variar, y mientras hablaba por teléfono, le hizo un gesto a Víctor para que se detuviese.

—En este momento acaba de llegar. Descuida, Jaime, ya le comento yo las novedades, seguimos en contacto. Hasta luego.

—Colgó Mateo el teléfono poniendo cara de «avanzamos».

—Pasa a mi despacho y me cuentas, aunque podría contarme tu conversación cualquier voluntario en treinta metros a la redonda: ventana abierta al patio, puerta de par en par, voz

potente por si el forense tiene algún problema oculto de audición... Igual para tu cumple te regalo un megáfono.

—¡Qué cruz, Señor! Hoy no tocaba. Anoche en La Brasa quedamos en que el sarcasmo lo sacarías a pasear solo en días alternos, y ayer se pegó una *jartá* —contraatacó Mateo.

Para Víctor, Mateo, cuatro años menor, era su hermano pequeño. El inspector Mateo Mateo Igual — inmejorable nombre para coleccionar anécdotas— abrió con él la comisaría de Altamut. Natural de Antequera, llegó a Altamut tras un periplo por varias comisarías norteñas. En todas ellas sufrió «un frío matador» y, pese a no arrastrar familia en sus traslados, cuando llegó a Altamut, se prometió a sí mismo quedarse una buena temporada: el cielo azul, las montañas, el mar cerca...

—¿Qué dice Jaime de la autopsia? —preguntó Víctor una vez tuvo a Mateo sentado frente a él.

—Confirma al cien por cien lo que esperábamos. Nada de muerte natural. Murió por asfixia, probablemente presionada la cara con una almohada. El escenario pacífico con que me topé fue una puesta en escena. Colette tenía lesiones claras derivadas de luchar por defenderse. Y hay novedades de Pierre.

Colette Picard, la víctima, era una residente popular en Altamut. Francesa de madre española, veinte años atrás, al acabar sus estudios de bellas artes en París, se tomó un año sabático y pasó por Altamut, donde vivía su abuela materna, quedándose con ella hasta que falleció dos años después, regresando entonces a París para, transcurridos tres años en Francia, volver de nuevo a instalarse en la casa de su abuela, que poco a poco sufrió una transformación espectacular, pasando del austero hogar de una anciana que casi ejercía de sacristana del párroco vecino a la casa estudio de una pintora parisina. Vendía toda su obra en Francia, habiendo rechazado reiteradamente tanto exponer en galerías es-

pañolas como en algún evento público que en más de una ocasión le habían propuesto.

Tras casi una década siendo pareja del notario Ovejero, cada uno viviendo en su casa, rompieron cuando este consiguió su ansiado traslado a Madrid, y desde entonces, alrededor de cuatro años atrás, algunas relaciones dispersas.

Era una persona amable en el trato, de fácil relación social, pero muy reservada en lo personal, no habría muchas personas en Altamut que, como Víctor, hubieran visto a Colette en su estudio o hubiesen cenado en el jardín escalonado que, desde el muro lateral de la parroquia y la parte posterior de la casa, en uve abierta, bajaba tres niveles de emparrados hasta salir a campo abierto tras una barrera de tupidos cipreses recortados.

A Víctor le dolió la muerte de Colette.

Su cadáver lo encontró Mateo el sábado a mediodía. Marta Lander, la dueña de Rembrandt, la papelería que le suministraba habitualmente el material para su estudio, y que, además de proveedora, era amiga de Colette, telefoneó alarmada, y en centralita le derivaron la llamada a Mateo.

Colette llevaba toda la semana pendiente de que Marta le avisara la llegada de un pedido de óleos de su marca favorita de París, que se había retrasado al haberlo extraviado en primera instancia el transportista y tener que remitirle un segundo envío.

Cuando el viernes Marta, en la tienda —la última vez que vio a Colette—, le dijo que le habían confirmado que al día siguiente por la mañana llegarían por fin las pinturas, Colette le comentó que llevaba un par de días sin poder avanzar en un cuadro que se había comprometido a enviar sin falta para una exposición colectiva de pintores franceses expatriados que inauguraría el Pompidou para el 14 de julio, y quedaba menos de un mes para esa fecha. Necesitaba con urgencia las pinturas.

—Me llegará tu paquete en un cajón grande con otros pedidos, si no, le diría al transportista que lo llevase directamente a tu casa; pero descuida, que envió a alguien con las pinturas en cuanto lleguen —le propuso Marta.

—No, mejor llámame al móvil cuando llegue el pedido. Seguramente saldré con el coche a hacer algunas compras y puedo pasar a recogerlo por la tienda.

Y eso hizo Marta al día siguiente. Alrededor de las diez de la mañana, llamó a Colette cuando recibió las pinturas, pero no contestó, por lo que le dejó el mensaje en el buzón de voz. Los sábados de verano solían ser buenos días de venta, de modo que cuando en una pausa vio que eran ya las doce y Colette no había pasado a recoger el paquete, llamó de nuevo, con idéntico resultado. Entonces le pidió a su sobrino, un estudiante que en verano la ayudaba en la tienda, que se acercase con la moto a casa de Colette a llevarle las pinturas.

Al poco, el sobrino estaba de vuelta. La casa cerrada, y no le abrieron pese a llamar insistentemente. Marta comenzó a preocuparse en serio, aunque intentaba frenar la alarma.

«Igual ha pasado la noche con Pierre y se ha dormido», se decía a sí misma. Pero no acababa de convencerse.

Aunque no tenía el móvil de Pierre, sabía en qué chalet vivía, y no quedaba muy lejos. Salió a la avenida paralela y cogió un taxi, con las pinturas en una bolsa, por si acaso. Le indicó al taxista que iban a la urbanización el Rosal porque sabía llegar, pero no las señas del chalet, y llegaron en poco más de diez minutos.

Era una calle bastante ancha para una urbanización, de modo que, pese a tener garaje la mayoría, los vecinos solían aparcar los coches fuera. Frente a la valla de Pierre no había ninguno. Mientras llamaba por segunda vez al timbre, se asomó sobre la valla para ver si había algún coche en la zona de *parking*, un rincón cubierto con techo de uralita. Ningún coche. Nadie en la calle tampoco.

Había sido un error dejar marchar el taxi. No se veía un alma por allí y volver caminando a la tienda le supondría más de media hora; y más aún ir a la comisaría, que era la primera idea que le vino a la mente, ya asustada por lo raro de la situación. Mientras, con la bolsa del paquete de pinturas, iniciaba el camino de regreso desde el Rosal hacia el casco urbano de Altamut. Trató de conectar con la policía, logrando al segundo intento que la atendieran en la centralita. Cuando la mujer que le descolgó amablemente le pidió que se calmase, que se iba a poner al teléfono un policía que la iba a ayudar, Marta se dio cuenta de que estaba muy nerviosa y atropellada, y eso no ayudaba nada. En los segundos que tardó en descolgar el inspector Mateo, realizó respiraciones relajantes mientras caminaba.

—Buenos días. Soy el inspector Mateo. Dígame qué es lo que ocurre —pidió el inspector, al que desde centralita lo habían advertido del estado de la mujer que llamaba.

—Hola, inspector. Soy Marta Lander, de la papelería Rembrandt. Disculpen mis nervios, pero es que estoy asustada por la desaparición de mi amiga Colette Picard.

—¿La pintora? —el policía la conocía.

Sin saber por qué, eso tranquilizó el discurso de Marta.

—Sí, sí, la pintora. Estaba muy preocupada por unas pinturas provenientes de París que le urgían, unos óleos extrafinos que usa mucho en sus cuadros, se habían retrasado un par de semanas y le habían paralizado su trabajo, y quedó ayer en que se pasaría esta mañana por la tienda a recogerlas. Me pidió que la avisara al móvil cuando llegasen y que las recogería ella con el coche, ya que esta mañana iba a comprar, al súper del centro comercial, imagino. Cada vez que la llamo salta el buzón de voz, hemos ido a su casa, está cerrada y no responde al timbre. Como me preocupaba y le urgían mucho, he pensado que igual estaba con su novio en un chalet del Rosal, al que he llegado en taxi con las pinturas...

—¿Y tampoco estaba allí?, ¿qué dice su novio? —interrumpió Mateo.

—No, tampoco hay nadie en la casa de él. Y en el chalet no hay ningún coche. Sé que para Colette era importante recoger las pinturas a primera hora; esto es muy raro —trataba Marta de pasarle algo de su preocupación al inspector.

—De acuerdo, Marta, en primer lugar, tranquilícese, que es muy probable que no pase nada y lo podamos aclarar enseguida, está usted muy nerviosa...

—No, no se preocupe por mí, es que estoy andando deprisa con un paquete que...

—¿Dónde está usted ahora?

—En la urbanización el Rosal, llegando a la primera plaza que hay entrando desde el puente de la carretera —contestó Marta deteniéndose para cortar los jadeos.

—Vale. Por favor, no se mueva usted de ahí. Pasaremos a recogerla en unos minutos y trataremos de localizar a su amiga —le pidió Mateo.

—Muchas gracias. Espero aquí entonces.

No tuvo que esperar mucho. Marta no pensó que el coche azul normal, sin cartel alguno, que se acercaba sería el de la policía, por lo que cuando se acercó inesperadamente a ella, que estaba en el bordillo de la acera, dio un paso hacia atrás y se le cayó la bolsa con las pinturas muy aparatosamente.

—Disculpe si la he asustado, ¿está usted bien? —Mateo se había apeado como un rayo y trató de recoger la bolsa, que ya tenía de nuevo Marta en sus manos.

—Perdone usted, estaba abstraída y no me he dado cuenta de que llegaba el coche hasta que ha frenado. Gracias, ha tardado muy poco. —Se sentó en el coche que le había abierto Mateo, con la bolsa entre las piernas.

—¿Le importa si vamos a la comisaría y allí hablamos de los primeros pasos para localizar a su amiga? Si necesita ir a su tienda, la acerco allí y después acude a comisaría. Trate de tranquilizarse, se producen desapariciones similares con frecuencia y suelen solucionarse en horas: alguna confusión, un desplazamiento imprevisto —propuso Mateo mientras daba la vuelta a la plaza circular y reemprendía la vuelta a Altamut.

—No, gracias, vayamos a comisaría, me preocupa porque conozco a Colette y sé que era prioritario para ella recoger las pinturas esta mañana. No es normal nada de esto —comentó Marta, y de nuevo quedó abstraída mirando por la ventanilla los almen-dros y pinos que se alternaban en grupos junto a la carretera.

Mateo respetó ese silencio hasta que estuvieron en su despacho.

Sentados y provistos de sendas botellas de agua que había agenciado Mateo, tomó un bloc de notas y le rogó a Marta que repitiera la historia desde el principio, y así lo hizo más calmada.

—Hay que entrar en su casa, inspector, no ha contestado a mis mensajes, no abre la puerta, no está con Pierre... —urgía Marta.

—Si es necesario, entraremos, con una orden judicial previa, como es preceptivo. Pero dígame algo más sobre ese novio, Pierre; igual están juntos. Dice usted que no tiene su teléfono, ¿sabe su apellido?, ¿dónde trabaja? Aunque sea sábado... —Mateo quería más datos para avanzar.

—El apellido creo que es Kay, o Ray o algo así. Pierre es muy reservado, apenas habla, como dicen de los de Altamut. Es de Bruselas y lleva años viviendo aquí. Pero con Colette saldrá solo unos meses, no creo que haga un año. Trabaja desde su casa, tiene un cuarto lleno de pantallas de ordenador, creo que en algo de bolsa o de inversiones. Y, efectivamente, no tengo su teléfono, pero...

—¿Pero? —se animó Mateo.

—Al ir ahora a su casa, como no sabía la dirección, pero sí qué chalet era, le he ido indicando al taxista. Pero me he fijado en la calle y el número del chalet, y ahora ya la sé, calle Damascena, 66.

—Pero dice usted que no había nadie en la casa, ni ningún coche —observó Mateo.

—Ya, pero las cuatro urbanizaciones de Altamut son privadas y tienen vigilancia y conserjería en la entrada. Sabiendo el chalet y el nombre del propietario, seguro que a la policía le facilitan el móvil, ellos suelen tenerlos todos. Para localizar a algún cliente de mi tienda he usado esa vía alguna vez —sugirió Marta.

Mateo asintió con los labios apretados; aquella mujer era lista. Y se incorporó con el bloc en la mano.

—Vamos a tratar de avanzar lo más rápido posible. Intente, por favor, usted llamar de nuevo a Colette a ver si hay más suerte. Yo voy a procurar disponer cuanto antes de la orden judicial. Firme en este formulario, por favor. Y mientras mis compañeros tratarán de obtener el móvil de Pierre de la conserjería de la urbanización, aguarde unos minutos. ¿Quiere un café o más agua?

—No, muchas gracias, estoy bien. —Marta sacaba el móvil de su bolso para intentar la llamada.

Afortunadamente estaba de guardia la juez Vives, con lo que la orden judicial enseguida estuvo disponible. El conserje del Rosal les facilitó el número de móvil de Pierre Ray y dijo que no había visto al señor Ray desde que arrancó su turno, ni siquiera pasar en coche por la entrada de la urbanización; aportó además el dato del coche de Pierre, un Mercedes clase S de color negro, y su matrícula.

De vuelta a su despacho, tras confirmarle Marta que el móvil de Colette seguía mudo, acordaron que un policía la llevaría a su tienda, que él acudiría a casa de Colette con un compañero y que la telefonaría para informarla de cualquier novedad.